

LA TEMPORADA QUE SE NOS VIENE ENCIMA



SATURNO se comía sus hijos, y los antiguos simbolizaron con él al Tiempo: que nos engendra y nos devora. (En toda esto hay, como siempre, confusión, incertidumbre; quizá haya sido un disparate identificar al Dios romano Saturno con el griego Cronos; y otro identificar el nombre de éste con la palabra *chronos*, tiempo; los mejores mitos suelen salir de una conjunción de equívocos insensatos. El tema no merece aquí más que un paréntesis de *adverencia* y *precaución*). La noción de tiempo, la de la adecuación del ritmo de la vida humana a las circunstancias cambiantes, ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Y en España. La vida humana es más larga de lo que lo fue nunca, y la cantidad de acontecimientos que tiene que recibir y asimilar es, también, mayor que nunca: no solo por esa misma longevidad, sino porque hay una producción cada vez mayor de sucesos, de modificaciones, de cambios; que se acumulan unos a otros y producen efectos inesperados, y no dan lugar a que el individuo se acomode.

En España este fenómeno es realmente excesivo. El tiempo ha estado contenido durante los famosos cuarenta años, pero sólo en apariencia: en unas ciertas obligaciones de no reconocerlo. Por debajo, trabajaba. Hemos llegado a un momento en que se han soltado sus cadenas y se nos ha echado encima; nos coge desapercibidos e inadvertidos. Se nos mezclan ideas fijas de distintas épocas: se contradicen y nos confunden. Esta temporada parece bastante decisiva en algunos de estos aspectos. Están pasando y no pasando cosas al mismo tiempo; es decir, pasan pero no se asimilan enteramente. Para evitar las posibles confusiones que esta especulación aparentemente teórica puede producir será mejor que pongamos algunos ejemplos de esta temporada. Que se nos viene encima.

Vamos a ingresar en la OTAN. La OTAN es un organismo militar nacido del tratado del Atlántico Norte en 1949, cuando la bomba atómica estaba recién nacida, el mundo se congelaba en dos bloques militares y políticos, se agudizaba la guerra fría y se temía la guerra total. Nosotros ingresamos

cuando las armas se han multiplicado en cantidad y calidad, en el tiempo de los euromisiles, de la bomba de neutrones; después de un largo período de coexistencia, después del nacimiento de los eurocomunismos, del asentamiento europeo, de la evolución de los Estados Unidos. Los países de la OTAN han ido, poco a poco, a lo largo de estos más de treinta años, cambiando a medida que las circunstancias cambiaban. Nosotros, de pronto, tenemos que asimilar todo ese tiempo de una sola vez. Sentirnos tan anticomunitas y tan antisoviéticos como en 1949, y tan coexistentes como los europeos de hoy; tenemos que asimilar rápidamente nuestra mentalidad militar formada en la guerra civil a la estrategia de la bomba de neutrones. Los argumentos en pro y en contra de la OTAN dejan ya de ser los adecuados a este tiempo, y estrictamente a este tiempo: se acumulan vivencias antiguas, doctrinas antiguas, con otras contemporáneas y futuras. La confusión se hace sencillamente inmensa.

O el divorcio. Comienza con la temporada —con el 1 de septiembre en que se abrieron los juzgados de familia— cuando lleva funcionando en el mundo decenas y decenas de años, cuando ya en España tuvo cinco de funcionamiento —a partir de 1931, hasta la guerra civil—; y se vierte en una sociedad con costumbres sexuales, relaciones de pareja y conceptos de familia completamente distintos. Desde los anticonceptivos hasta el desnudo habitual —en las playas—, desde una nueva distancia entre jóvenes y mayores —hijos y padres—, hasta un nuevo concepto de la mujer en su trabajo y en su plano social. Pasando, incluso, por ese mismo alargamiento de la vida, que incita a los cónyuges al cansancio de la pareja. La demografía tiene otro valor: la producción de hijos —antes, primada, estimulada: brazos de labradores y soldados para la patria— ha empezado a considerarse con otra reticencia —los brazos ya no son tan necesarios; por la mecánica, la electricidad y la microelectrónica; por las nuevas armas— y en su lugar están devorando más alimentos que los que hay. ¿Tiene el matrimonio el mismo valor que antes? Sin embargo, en quienes rechazan o en quienes aclaman el divorcio los argumentos se hacen antiguos: religiosos, libertarios. Se alude al sacramento, a la disponibilidad del cuerpo. Otra vez la mezcla de épocas comienza a

aparecer: no vivimos nuestro tiempo, nuestra temporada, sino una acumulación de temporadas que estuvieron congeladas, contenidas, y que ahora se acumulan.

Toda esta cuestión de los brazos inútiles y de las máquinas hábiles, de los conceptos demográficos, nos llevan a otra cara oculta del problema definido como esencial en España; el del paro. Se está disfrazando con el sentido de una defensa patronal contra el abuso de la falta de productividad, del obrero ocioso o de la Seguridad Social devoradora; se está mezclando con la crisis general de occidente, o con las cuestiones de energía; y con el descenso de los mercados... Pero la realidad es que el Tiempo ha producido estas máquinas que producen los despidos. En otros países el problema se ha ido asimilando, desde una época tan lejana como el principio de la Era Industrial, de la máquina de vapor, a partir de la cual surgieron ideologías que en España estuvieron prohibidas y contenidas. Se va tratando de entender que la microelectrónica está hecha para que se trabaje menos; se reducen las jornadas de trabajo, pero no los salarios o su poder adquisitivo, porque entonces se reduce también el mercado y se pierde el sentido del invento. Como en el caso de la OTAN, como en el del sentido de la pareja y el divorcio, nos encontramos también nadando en viejos conflictos de clase nacidos de la época del obrero esclavo y del patrono explotador. Ni siquiera hemos inventado esas máquinas, o hemos contribuido a ellas: las hemos comprado de una vez, y hemos introducido de pronto ese factor de desestabilización. Y ni siquiera somos capaces de mirar el problema de frente. Todavía estamos mentalmente en los tiempos de la España agraria, preindustrial.

Poco a poco se va viendo lo que nos pasa, y que se acentúa con la temporada que velozmente se nos echa encima: que somos adictos a una contemporaneidad de aparatos, mecánicas e innovaciones, pero lo somos, también, a unas ideas antiguas, anteriores a esas innovaciones. Todo deshielo repentino produce, generalmente, estos aludes, estas inundaciones. En un país donde el parlamento vota por sistemas electrónicos puede producirse un suceso decimonónico como

el del 23 de febrero: ese melodrama de situación y diálogo. Un país donde en las Iglesias hay todavía cepillos para el pan bendito produce incidentes alimentarios como el del aceite de colza, donde la capacidad química para el daño va más allá que la capacidad médica para la cura; donde la técnica moderna para realizar el fraude está empleada a la manera de chapuza en la que se mezclan la picaresca antigua con los inventos modernos a partir de unas conciencias perfectamente equivocadas. Un país donde se mezcla el problema de Gibraltar, que es del siglo XVIII, con el de las bases americanas y de la OTAN. Un país donde está en causa el sistema de unidad férrea de los Reyes Católicos, que ya lo hicieron mal en su tiempo, con unos conceptos de nacionalidad, de idioma y de identidad que surgen cuando se están buscando, simultáneamente, las supranacionalidades, los mercados comunes con supresiones de fronteras.

No es extraño que veamos llegar la temporada como algo que se viene encima, como una manifestación monstruosa del Saturno, con la abierta boca que le pintó Goya dispuesta para devorarnos, sin que sepamos por qué. Vivimos entre el asesinato en la esquina—como en tiempos de Julio César—y la bomba de neutrones que todavía no ha estallado. Entre la sexualidad libre y el sacramento. No es sólo una temporada la que se nos viene encima: son muchas temporadas y bien antiguas, de más atrás que estos solos cuarenta años, sino de un cierto número de siglos—que de verdad encontraron su compendio en la larga cuarentena franquista, tan decidida a acumular el pasado como a ignorar el presente—. Todavía estamos polemizando entre Calderón y Arrabal. Todavía estamos sin saber a que atenernos, en esta cuestión de lo que debemos asimilar y lo que debemos rechazar. Un problema que está sobrepasando las divisiones antiguas de derecha y de izquierda, de clases sociales, aunque sea su fondo el que sigue informando las posiciones ideológicas. Para diseñar a grandes rasgos y pocas líneas las características de la temporada que se nos viene encima, lo que podemos esperar de ella y lo que no podemos esperar, TRIUNFO ha congregado a un buen número de especialistas. Su lectura quizá ayuda en algo. ■ ■ ■

POLITICA EXTERIOR

LAS VENTAJAS DE LA OTAN

Eduardo Haro Tecglen

«**T**ODO son ventajas», dicen los hombres del Gobierno, de su partido, y de sus afines, cuando se les pregunta si no habrá algo negativo en la entrada de España en la OTAN. Son, en esta como en otras cuestiones, un remedio del personaje optimista de Voltaire cuando, a cada nueva catástrofe, exclamaba: «Todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles». Todo son, efectivamente, ventajas para la UCD; la de coincidir con el deseo de lo que parece ser la mayoría del Ejército, la de coincidir con los vehementes deseos de los Estados Unidos, expresa-

dos ya antes de Reagan, pero con mayor vehemencia después de Reagan; y la de coincidir, en fin, con el pensamiento de la derecha, que ve en el suceso la reanudación de los viejos temas de «Rusia es culpable» y la de descubrir comunistas, filocomunistas, pseudocomunistas, criptocomunistas y compañeros de viaje en los que vean con otra óptica esta cuestión tan simple que sólo mayoría simple necesita para resolverse en el Parlamento. Tres coincidencias que forman una base siempre recomendable para alcanzar el poder y sostenerse en él. La izquierda—puesto que la cuestión se configura, como siempre, en un problema de derecha y de izquierda—considera estas bases tan interesantes y tan prácticas que ni siquiera se atreve a llevar demasiado lejos su oposición. Por lo menos, la izquierda que se considera a sí misma como posible. Ni siquiera rechaza la tercera, para evitar que se la considere prosoviética o procomunista. Por eso plantea su oposición de esa curiosa forma que le va siendo habitual: que parezca oposi-

ción, pero que no lo sea. Alude al mal momento histórico, a la impopularidad actual, a la cuestión de procedimientos. Pide un referéndum que nadie le va a dar; pero así se pone al lado del pueblo, y al mismo tiempo no es un obstáculo. Finura política.

Aparte del inconveniente que parece menor de convertirse en base y blanco de una futura guerra atómica si la hubiera, lo que ya parecía algo adquirido por la existencia de las bases conjuntas de los Estados Unidos, la cuestión parece presentar algunos otros que, bien presentados, pueden terminar convirtiéndose en ventajas para los acaparadores de ventajas. Uno de ellos parece ser el de que la entrada en la OTAN se produce contra la mayoría de la opinión pública española (de no ser así, nadie habría negado el referéndum). Casi más por instinto que por datos claros, se produce un malestar. La sombra de la guerra nuclear, la pérdida de soberanía que pudiera suponer incluirse en una alianza multilateral y